

## INTEGRACIÓN EPISTÉMICA Y HUMANISMO: UN ACERCAMIENTO A LA FENOMENOLOGÍA DIALÉCTICA DE EDUARDO NICOL

Roberto Andrés González, Universidad Autónoma del Estado de México.

**Resumen:** El panorama epistemológico que se descubre hacia el primer tercio del siglo XX, nos presenta la imagen de una ciencia fragmentada, ya por su objeto de estudio, ya por la especificidad de su método. El conocimiento científico atraviesa por su crisis más severa de principios; la relatividad de los saberes pareciera que anima todavía más a esta fragmentación epistemológica, al tiempo que inhibe la falta de unidad de la ciencia. Frente a este panorama, Eduardo Nicol se da a la tarea de mostrar un camino de integración epistemológica, afirmando que la ciencia no es una disciplina, sino una comunidad de saberes, hallando justamente, tanto en su origen como en su fin, el principio de unidad. El fin de la ciencia trasciende a cualquier disciplina particular. Ésta es ante todo humana porque se encuentra enderezada hacia el ser humano.

**Abstract:** The epistemological picture that is discovered by the first third of the 20th century, presents us with the image of a science fragmented, already by its object of study, already by the specificity of the method. The science is experiencing its most severe crisis of principles; the relativity of knowledge it would seem that encourages even more to this fragmentation epistemological, at the same time that inhibits the lack of unity of science. Eduardo Nicol looking for integrates of sciences. This way is possible understanding the science as community knowledge, and recognizing that man is the main goal of knowledge.

### *Introducción*

El panorama epistemológico que se descubre hacia la primera mitad del siglo XX, nos presenta la imagen de una ciencia fragmentada, ya por su objeto de estudio, ya por la especificidad de su método. La ciencia atraviesa por su crisis más severa; la relatividad de los conocimientos en la actualidad pareciera que anima todavía más a esta fragmentación epistemológica, al tiempo que inhibe la unidad de las ciencias. Frente a este panorama, resulta indispensable la tarea de una integración epistémica fundada en un horizonte humanista. Para ello se debe comenzar comprendiendo que el fin de toda ciencia trasciende a cualquier disciplina particular: origen y fin es uno, a saber, el ser del hombre. Ésta es ante todo humana porque se encuentra enderezada hacia el ser humano.

El presente trabajo versa acerca de una alternativa de integración epistémica entre las diferentes ciencias a partir justamente del pensamiento de Eduardo Nicol. El cuadro dominante en el panorama de la epistemología contemporánea nos presenta la imagen de una ciencia fragmentada y en disputa consigo misma. Esta fragmentación del conocimiento da cuenta al mismo tiempo de una crisis severa de principios. Esta relativización pareciera que anima todavía más esta fragmentación epistemológica, al tiempo que inhibe todo anhelo de unidad.

Eduardo Nicol nace en Barcelona en 1907, su pensamiento se conoce con el adjetivo de “metafísica de la expresión” o “fenomenología dialéctica”; en su obra transitan los temas más graves de la tradición filosófica, tales como son la ontología, la antropología filosófica, la ética y la epistemología. Uno de los postulados ontológicos que distinguen el pensamiento de este autor es la aseveración que afirma: el ser no es un problema u objeto de búsqueda, sino dato; el ser es fenómeno y es objeto de visión. El ser es el invariable punto de partida de todo planteamiento o duda metódica. Otro aspecto relevante que cabe ser mencionado es que la epistemología en éste resulta indesglosable de la ontología. Desde esta óptica, nuestro autor busca el principio de unidad del quehacer científico, y lo encuentra tanto en su origen como en su fin. Sin duda, esta constituye una concepción humanista del conocimiento y la ciencia.

Eduardo Nicol muere en 1990 en la ciudad de México a la edad de 83 años, heredando un rico legado filosófico. Cabe mencionar que este legado ha sido poco explorado por la crítica. Muchas respuestas a los problemas más acuciantes de la tradición y de la filosofía contemporánea encuentran salida en esta propuesta, y para muestra basta con mencionar que el tópico que en el presente nos hemos propuesto tiende a solventar dos cuestiones que la tradición y el pensamiento contemporáneo habían venido aplazando, a saber: la integración de las ciencias (mediante la sutura epistemológica entre la ciencia y la metafísica) y, en segundo lugar, el trastocamiento de la filosofía en ciencia estricta.

La integración de las ciencias que en este trabajo se explora parte de la idea que asevera que tanto el origen como el fin de la ciencia poseen un punto de coincidencia, a saber: el ser del hombre. La ciencia, por su objeto de estudio, evidentemente es múltiple; no obstante, por su agente creador, es una. Uno es el ser que hace ciencia natural y ese mismo agente es el creador también de la ciencia social, así también es creador de la metafísica. Por lo tanto, la ciencia no tiene que distinguirse de la metafísica, sino de la pseudociencia, siendo que, tanto la investigación metódica de la naturaleza por parte de las ciencias duras, como la investigación de los principios del conocimiento por parte de la metafísica, forman ambas partes de la comunidad de la ciencia. Esta posibilidad temática es posible si y solo si la ciencia no se concibe ya como una disciplina, sino como una comunidad. Esto quiere decir que la ciencia en Nicol ya no se entiende como una disciplina, sino como una comunidad.

### **Contenido**

La característica más dominante en el panorama epistemológico del siglo XX son el derrumbe y abandono del ideal perenne del conocimiento, esto es, el conocimiento no reconoce ya en este siglo una ruta exclusiva de desarrollo, tampoco reconoce el compromiso con alguna idea determinada de la verdad; esto implica el abandono de muchas certidumbres que a duras penas se habían logrado a lo largo de la historia de la ciencia, entre las cuales caben contarse por ejemplo el principio de causalidad y el principio de no contradicción. En este sentido, nos dice Claude Allègre: “Nunca antes en la historia del hombre [se] había alcanzado esa riqueza, esa variedad, esa calidad. Nunca había abierto [la

ciencia] semejantes perspectivas para la comprensión del mundo que nos rodea. Al mismo tiempo, se ha refinado, se ha despojado de las certidumbres y dogmatismos<sup>1</sup>. Este cambio en la concepción del conocimiento se encuentra íntimamente ligado a la emergencia de la nueva imagen del universo, ya que esta nueva imagen resulta enteramente diferente a la imagen que éste tuvo en los siglos XVI, XVII y XVIII; pues, como se recordará, en aquellos siglos el ejercicio de la ciencia tuvo como referencia la imagen de un universo, por así decirlo, mecánico y cerrado. El cual se caracterizó, entre otras cosas, por estar regido por leyes causales, las cuales le permitían a la ciencia el conocimiento *a priori* de los fenómenos.

La noción de un universo mecánico se encuentra emparentada con la imagen de un universo cerrado, donde el descubrimiento de sus leyes adquiriría la connotación también de un conocimiento necesario y perenne. Sobre la noción de causa se monta la óptica de un universo mecanizado, es decir, causalmente determinado. Basta con conocer la ley de la naturaleza para poder determinar el comportamiento de cualquier objeto en cualquier lugar y momento; este es el principio que animaba a Laplace para formular precisamente la idea de un universo cerrado y enteramente predecible, ya sea hacia atrás, ya hacia delante en el tiempo, en lo más grande y pequeño de su constitución. Laplace decía:

Una inteligencia que, por un instante, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza y la situación respectiva de los seres que la componen [...] abrazaría en la misma fórmula a los movimientos de los más grandes cuerpos del universo y del átomo más ligero: nada sería incierto para ella y el devenir, como el pasado, estaría presente ante sus ojos<sup>2</sup>.

No obstante, esta imagen del universo mecánico y cerrado se ha transformado por completo justo en el despunte del siglo XX: el universo ahora se ha desbocado y se ha tornado incierto, lo cual vendrá a inhibir la holgada pretensión por conocer o predecir cualquier acontecimiento en el ámbito natural; en lugar de esto, se busca más bien un acercamiento humilde a la manera “de hacer comprensible lo impredecible”<sup>3</sup>; aquí la causalidad o la no contradicción han dejado de ser los principios epistemológicos por antonomasia. Aquellas viejas certidumbres y dogmatismos han entrado en una crisis severa y sin reversa. Hay que reconocer que esta nueva imagen del universo ha ocasionado también una nueva manera de concebir el conocimiento. Justamente por esto, George Balandier nos dice:

La ciencia actual ya no intenta llegar a una visión del mundo totalmente explicativa, la visión que produce es parcial y provisoria. Se enfrenta con una realidad incierta, con

1 Allègre, Claude, *La derrota de Platón o la ciencia en el siglo XX*, México, FCE, 2003, p. 7

2 Laplace, *Teoría analítica de las probabilidades*, en Ludovico Geymonat, *Límites actuales de la filosofía de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 2004 p. 79

3 Balandier, George, *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Gedisa, 55

fronteras imprecisas o móviles..., explora lo complejo, lo imprevisible y lo inédito... En esta posición incierta, los individuos y los grupos no logran definirse bien, fijar sus elecciones, orientar sus conductas. La señalización anticipada es aleatoria..., es una de las respuestas a esta incertidumbre<sup>4</sup>.

El fenómeno del conocimiento experimenta un trastrocamiento sin precedente: ninguna construcción teórica es perenne ni necesaria. Ninguna construcción científica es eterna; todas son posibles y provisionales; ninguna posee cabal persistencia, ni suficiente evidencia.

Cabe resaltar que la principal consecuencia del derrumbe del ideal perenne del conocimiento, sin duda, es la fragmentación del pensamiento en una pluralidad de epistemes. En torno a esto, Alan Sokal nos dice que el panorama que sigue al de la física clásica es el de la relatividad del conocimiento: “*Grosso modo*, entendemos por relativismo toda filosofía que pretende que la verdad o falsedad de una afirmación es relativa a un individuo o grupo”<sup>5</sup>; ninguna conclusión es cabal o final, es necesario revisar cada conclusión tan pronto se haya terminado de formular, siempre va a existir la incompletitud precisamente porque, como lo dice George Balandier, “las teorías científicas son ahora menos globales o unificadoras, nada deterministas, sometidas al trabajo del tiempo; proponen síntesis sucesivas”<sup>6</sup>. Esta imagen del conocimiento da cabida a diferentes posibilidades respecto de un problema, y esto quiere decir que existen distintas maneras de decir lo mismo. En ciencia no hay una respuesta exclusiva en torno a los fenómenos; es más, ni siquiera la ciencia es el único discurso que puede articular proposiciones con sentido en torno a la naturaleza o la sociedad. La ciencia misma alberga diferentes hipótesis en torno a un mismo fenómeno o problema. La característica de esta forma del conocimiento, más que la certeza, es la aproximación.

Ahora bien, si por un lado resulta cierto que la fragmentación del conocimiento es la nota dominante en el panorama epistemológico contemporáneo, también resulta cierto que, como consecuencia de este dato, se precisa la búsqueda de un principio a través del cual se pueda dar cuenta de la unidad de las ciencias en sus diferentes direcciones, porque, desde nuestro punto de vista, no basta con reconocer la dispersión del conocimiento, sino que, como dice Eduardo Nicol, hay que avanzar hacia la unificación del mismo, sin que por esto se ponga en riesgo (o sea anulen) la peculiaridad de cada horizonte de búsqueda científica.

En torno a esto último, Rodríguez Casas nos dice:

La desintegración del pensar, en una pluralidad de epistemes reducidas en el fraccionamiento de la prioridad individualista, explica la confusión incapaz de propiciar la comunicación [entre éstas —la diferentes epistemes—, justamente porque en este

<sup>4</sup> *Ibid* pp. 10, 233, 234

<sup>5</sup> Sokal, Alan, *Las imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999 p. 64

<sup>6</sup> Balandier, *Ob, cit.*, p. 40

escenario] se abre el vacío amenazante. El salto sobre el vacío no puede ser otro sino la integración<sup>7</sup>.

Ya Rodríguez Casas ha visto que la integración del conocimiento en un diálogo constituye la salida más viable ante el escenario epistemológico de la fragmentación. No obstante, el dato que no debemos pasar por alto en este trabajo es el hecho de que la investigación científica se agrupa en diferentes conjuntos, los cuales se encuentran hilvanados, cada uno, en virtud de su objeto específico de estudio y su método. Aquí cabe resaltar lo siguiente: el resultado de este empalme entre un objeto de estudio tratado metódicamente y el concurso del diseño de alguna instancia de validación del conocimiento, es lo que constituye propiamente una *disciplina* científica. Es decir, una disciplina científica se define, en cuanto que científica, por el concurso de un objeto específico y un tratamiento metódico del mismo, así también por la imbricación de alguna instancia de validación del conocimiento de ese mismo objeto. La noción de disciplina es lo que constriñe al ámbito propio de un campo respecto de otro campo de conocimiento. En torno a esto el epistemólogo francés Jean-Marc Lévy-Leblond dice, “no hay en esto nada sorprendente si se quiere tomar en serio la palabra “disciplina” y comprender que, si bien define los límites de tal cual conocimiento, son precisamente esos límites los que constituyen su fuerza”<sup>8</sup>. Hay que reconocer que las diferentes disciplinas científicas se encuentran acotadas por un permanente ejercicio de restricción. Por ello dice:

Si necesariamente quisiéramos encontrar una definición general de la noción de ciencia..., la encontraríamos, sin duda, en el trabajo de restricción permanente y sistemático que permite a un conocimiento científico constituirse y reforzarse. Este trabajo reviste tres aspectos principales:

- 1) *La delimitación del ámbito de conocimiento considerado...*
- 2) *La restricción en el uso de las herramientas (teóricas y experimentales), al mismo tiempo que su diversificación y su especificación...*
- 3) *La codificación de las condiciones de validez de los conceptos.*<sup>9</sup>

Esto último nos recuerda el empeño trazado en su momento por Emmanuel Kant al pretender también la construcción de una filosofía enderezada a establecer los límites de la razón y los márgenes entre las diferentes formas del conocimiento. De acuerdo con Kant, son dos tareas preliminares las que debe realizar toda ciencia al emprender su marcha: “Si se quiere presentar como *ciencia* un conocimiento, se debe ante todo poder determinar con precisión lo distintivo, aquello que no comparte con ningún otro conocimiento, y que le es por tanto *peculiar*... Ya sea que esta peculiaridad consista en la diferencia del objeto, o en la... del *modo de conocer*”<sup>10</sup>. Toda ciencia debe comenzar definiendo su objeto

7 Rodríguez Casas, Gerardo, *Hacia una epistemología integral*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1999 p. 14

8 Lévy-Leblond, Jean-Marc, *La piedra de toque, la ciencia a prueba*, México, FCE, 2002 p. 99

9 *Ibidem*, pp. 99-100

10 Kant, *Prolegómenos*, Madrid, Istmo, 1999 § 1

material, así como sus estrategias metodológicas para abordarlo; sin este paso previo, cada disciplina corre el riesgo de confundir su objeto de estudio, sus límites y sus alcances propios. Cada ciencia debe comenzar estableciendo su radio de acción sobre algún relieve de la realidad, asimismo debe establecer la metodología viable para la consecución de tal propósito y debe establecer también alguna estrategia de validación de los enunciados.

Puede decirse que son tres los momentos que determinan el semblante de lo que pudiera llamarse disciplina científica, a saber, determinar su objeto de estudio, en segundo lugar, trazar una metodología que le permita la exploración del problema y, en tercer lugar, establecer algún criterio de validación del conocimiento. Esta aseveración epistémica de alguna manera también es compartida por Eduardo Nicol, quien al respecto dice: “Cualquiera que sea el dominio real que ella [de una ciencia en particular] abarque, una ciencia debe cumplir dos tareas previas. Ha de acotar ese dominio de su jurisdicción especial... Además tiene que organizar el método adecuado para el conocimiento sistemático de su objeto”<sup>11</sup>. Cada disciplina científica encuentra los límites de su contorno en la acotación que le impone su objeto material de estudio y en la metodología viable para tal propósito. Digamos que es la naturaleza misma del objeto a tratar lo que impone el límite y especificidad de cada ciencia. A cada ciencia le incumbe el estudio de una fracción del ser. Cada región de la realidad no puede estudiarse mediante las mismas estrategias. El método y el objeto son los que definen el espíritu de cada ciencia.

Debemos reconocer que en el decurso de la historia del conocimiento científico no ha existido un método exclusivo, ni siquiera en las ciencias naturales; por el contrario, en cada etapa histórica la búsqueda metódica del conocimiento se ha tenido que dar a la tarea de ir transformando sus estrategias y sus reglas. La historia de la ciencia también podría rastrearse por la evolución del método. En ésta no existe una metodología terminante, se construye epocalmente. La realidad misma también se va abriendo epocalmente ante la mirada atenta de la ciencia, propiciando en cada lapso la formación de nuevas ramas del conocimiento y sugiriendo nuevos planteamientos hipotéticos. Tal es el caso por ejemplo de la física nuclear, la cual no se gestó sino hasta que se poseyó el aparato teórico y técnico para tematizar el espectro del átomo. La genética tampoco fue posible hasta el descubrimiento de la doble hélice del ADN. No todas las épocas son propicias para la emergencia de cualquier teoría científica. Cada hipótesis, al igual que cada teoría, posee su lugar dentro del complejo entramado general del cuerpo evolutivo del conocimiento.

Es un hecho que la realidad en su conjunto está constituida por distintos sectores y relieves, para cada uno de estos sectores reconocidos hay un cuerpo especializado de métodos y teorías que optimizan el desarrollo de su investigación. Al respecto, Eduardo Nicol afirma: “No todos los aspectos de la realidad pueden ser investigados con el mismo método”<sup>12</sup>. Será el modo de ser del

11 Nicol, *Ideas de vario linaje*, México, UNAM, 1990 p. 329

12 Nicol, *Los principios de la ciencia*, México, FCE, 2001 p. 494

objeto de estudio quien habrá de sugerir el método conveniente para la investigación. No se puede tratar la clasificación de los minerales como se tratan las enfermedades venéreas, por ejemplo; o la historia de México como se trata la elíptica de los planetas. El objeto de estudio sugiere la manera o el método a utilizar en la investigación. Los métodos se van creando en función de las hipótesis y del ingenio del investigador. En suma, las ciencias se diversifican tanto por sus métodos como por sus objetos específicos de estudio.

Por otra parte, resulta evidente que no es tarea de una ciencia en particular fincar límites a cada una de las demás, establecer su interrelación o presentarnos su cuadro de clasificación. Esta es tarea de una ciencia especial que posee, entre otras, la consigna de establecer los límites entre una y otra. Nicol se refiere a ésta con el nombre de “ciencia primera” o metafísica. Esta última es la que cumple con esta función, amén de ser la encargada de fundamentar el conocimiento en general. “Toda filosofía sistemática —nos dice en otra parte el autor de *La primera teoría de la praxis*— es necesariamente teoría de la ciencia en general”<sup>13</sup>. La metafísica es la que funda y, a la vez, finca límites y posibilidades a una y otra rama del conocimiento. Clasifica los saberes de acuerdo con su objeto y método. Así pues, la clasificación vertida desde esta óptica reconoce cuatro grandes ramas del saber científico, cuatro maneras de hacer ciencia o cuatro grandes disciplinas, caracterizadas por su objetivo, a saber: las ciencias naturales, las ciencias sociales, las ciencias formales y la ciencia primera (metafísica).

Nuestro autor dice: “Las ciencias especiales que estudian *la naturaleza*, lo mismo que *las ciencias formales*, que no tratan de realidades, y las ciencias que tratan de *las realidades humanas...*, [y ] *la filosofía*”<sup>14</sup>, constituyen las cuatro direcciones específicas de la ciencia; las primeras tres son especiales, es decir, especializadas, porque tratan sobre un relieve específico del ser: las ciencias de la naturaleza versan sobre la naturaleza en sus diferentes regiones; así también las ciencias formales versan sobre cuestiones simbólicas creadas estrictamente por la razón, es decir, no tratan de realidades fácticas, sino del sentido. Las ciencias sociales versan sobre las realidades sociales, mientras que la cuarta, o sea, la metafísica, no es ciencia especializada (acotada por un relieve específico del ser), sino la ciencia de los principios.

No obstante, consideramos que aquí tiene que hacerse una pequeña acotación. La primera concepción de la ciencia en Nicol, que se extiende hasta *Los principios de la ciencia* (1965), lleva implícito en su definición el comercio con la realidad, es decir, ciencia sería sólo aquella que trata con realidades. Esto es, el autor catalán confiere este título sólo a las “fácticas”. Hasta esta obra, publicada en 1965, el autor no concedía lugar para las llamadas ciencias formales, en ese momento decía que la matemática y la lógica debían concebirse como auxiliares del conocimiento metódico: “En sentido riguroso, la lógica no es una ciencia o *episteme*, pues no se ocupa de objetos reales; sino que es una técnica auxiliar de la

13 Nicol, *Ideas de vario linaje*, p. 153

14 Nicol, *La reforma de la filosofía*, México, FCE, 1980 p. 75, el subrayado es nuestro.

ciencia”<sup>15</sup>. Sin embargo, ya hacia principios de 1980, con la publicación de *La reforma de la filosofía* (1980); aquella noción ha comenzado a experimentar una ampliación: ahora cuenta a las disciplinas formales dentro del *corpus* de la ciencia, aunque afirma que las llamadas ciencias formales no tratan con realidades, sin embargo, son rigurosas, metódicas y sistemáticas. Este punto es importante, en virtud de que el criterio de distinción entre el conocimiento científico y el pseudocientífico, en nuestro autor, no se restringe al comercio con la realidad, la ciencia debe cumplir con requisitos técnicos tales como el rigor, método y sistema.

Desde el punto de vista de nuestro autor, el conocimiento científico, amén de precisar de los requisitos técnicos inmediatamente enunciados, también debe estar fundada en una disposición existencial peculiar; es decir, la ciencia deberá ser promovida por una vocación hacia la verdad: “La diferencia entre el conocimiento científico y el precientífico, —dice Nicol— no es sólo epistemológica. La diferencia entre las dos formas de conocer es primariamente existencial, y se advierte en las disposiciones frente a la realidad que forman las praxis respectivas”<sup>16</sup>. Para nuestro autor, una proposición es científica, no porque sea acertada, sea rigurosa o metódica, antes bien porque ha derivado de esta vocación hacia la verdad. Sobre la vocación de la verdad como constitutiva de la ciencia volveremos más adelante.

Cabe mencionar que la relación que se establece entre las primeras tres direcciones de la ciencia (natural, social y formal) y la cuarta (metafísica) es una relación de principio, de fundamentación; aunque debemos aclarar que cualquier disciplina especial puede avanzar sin la noticia de sus fundamentos. Las ciencias pueden avanzar con o sin el dato de sus principios. Sin embargo, la interacción entre la metafísica y las ciencias segundas queda confirmada por el hecho de que estas últimas no pueden ser factibles si se encuentran desprovistas de fundamento, aunque esto no implica que las ciencias segundas se encuentren siempre al tanto de su fondo. Nicol dice: “No hay forma de articular un pensamiento [...] científico en general, sin que conste una fundamentación absoluta”<sup>17</sup>. Lo cual quiere decir que no puede haber ciencia segunda sin ciencia primera. La correlación que se establece entre éstas es, por principio, en función de su incompletitud. Las segundas requieren del favor de la primera en virtud de que aquéllas no se fundan a sí solas.

Si bien las distintas ciencias se diversifican tanto por su objeto como por su método, todas, sin embargo, forman parte de un conjunto. Todas y cada una de las ciencias poseen en común el rigor y el método; esto no quiere decir que todas estas deban constreñirse a un método específico, sino más bien a que cada una de éstas posee la consigna de ceñir sus pasos al marco de un método determinado. Con esto realizamos un primer acercamiento hacia la integración de las distintas

15 Nicol, *Los principios de la ciencia*, p. 48

16 Nicol, *La primera teoría de la praxis*, México, UNAM, 1978 p. 63

17 Nicol, “Diálogo con Xavier Rubert de Ventós”, en *Anthropos*, Extraordinarios 3, Barcelona, Anthropos, 1998 p. 23

disciplinas científicas en un solo cuerpo. Es un hecho que en la radiografía detallada de las ciencias florece una amplia gama de conocimientos consolidados y otros tantos en formación. La diversidad es el primer dato que nos sale al paso cuando miramos el fenómeno de la ciencia. Nuestro autor clasifica los saberes científicos en cuatro grandes grupos, pero ninguno de éstos en particular puede asumir para sí el título exclusivo de ciencia. No es más científico el conocimiento acerca de la naturaleza que el de los fenómenos humanos, ambos poseen su peculiar complejidad y rigor. Tampoco es más científico el desarrollo de las disciplinas formales que el de la metafísica, ambos poseen sus métodos y rigor sistemático. La ciencia no se reduce a ninguno de estos campos propiamente. La ciencia abarca a todos y excede a la particularidad de cada uno.

Con todo, consideramos que la crisis epistemológica moderna no empaña los distintos modos de entender a la ciencia. Lo que está en crisis es una manera peculiar de concebir a este quehacer, la cual acusa perfectamente nuestro autor sobre todo en la primera parte de *La crítica de la razón simbólica* (1982). Lo que está en crisis es ese paradigma platónico de concebir a la verdad y el conocimiento como preestablecidos e inmutables, es decir, lo que se encuentra en crisis es aquella imagen que entiende las conclusiones del conocimiento científico como entidades necesarias, universales e inamovibles. “Se reconoce, como en todos los casos anteriores que no es posible seguir como hasta ahora. Pero ¿desde cuándo ha existido lo que ahora termina?”<sup>18</sup>. Nicol piensa que su filosofía viene a marcar la mella de la fase terminal de un agotamiento eminente de este modo de hacer y concebir el conocimiento, que halló, tal vez, en Husserl la última de sus expresiones.

Podría decirse que el auge que tuvieron las ciencias naturales en los siglos XVII y XVIII se debió en gran medida al concurso del método experimental, estableciendo con esto una suerte de hegemonía respecto de las demás formas del saber, incluidas las ciencias del espíritu y la metafísica. Y para muestra ahí están los esfuerzos realizados por Kant y los empiristas ingleses al pretender medir las demás formas de conocimiento con el metro de la física matemática. No obstante, a finales del siglo XIX y principios del XX, este debate se crispó aún más abriendo la brecha epistemológica entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, así como respecto a la filosofía. Aquí cabe reconocer los insignes esfuerzos realizados por el físico ruso-belga Ilya Prigogine, ganador del Nobel en 1977, al intentar suturar la brecha epistemológica entre las ciencias y las humanidades, diciendo que tanto la ciencia como la filosofía son formas legítimas del conocimiento, justamente porque no existe una vía exclusiva de comunión con la naturaleza; es decir, tanto las ciencias como la metafísica entablan cada cual a su manera una comunión con la naturaleza. Prigogine dice: “Cuando aprendemos que la teoría física nos impone hacia la naturaleza, debemos igualmente aprender a respetar las demás formas de abordar las demás formas intelectuales. [Se debe destruir] ciertamente la idea de una oposición fundamental entre la ciencia y la

18 Nicol, *Crítica de la razón simbólica*, México, FCE, 2001 p. 22

metafísica”<sup>19</sup>. Desde luego, esta afirmación cabe solo en el contexto del derrumbe de las grandes certezas epistémicas, cuando ya no existen verdades absolutas, cuando toda verdad posee mediano alcance; entonces cada punto de vista tiene que verse completado y referido por otro punto de vista. El autor belga dirá que las diferentes disciplinas científicas y filosóficas se requieren interactivamente para obtener una visión de conjunto, ya que esta es la panorámica más completa. Cada punto de vista posee una porción del conjunto, y justo por esto debe haber un contraste de perspectivas, pues de esta manera la ciencia puede poseer una vista más amplia, a través del conjunto de todos los esmeros particulares, haciendo que sus aseveraciones sean más convincentes. La instancia actual para la validación del conocimiento no cuenta ya con la idea de una razón omnipotente, sino con una razón que se aproxima relativamente al conocimiento. Justo por esto se precisa el concurso de los otros puntos de vista para la construcción actual del conocimiento.

Asimismo, otro asunto que nos interesa subrayar de este esfuerzo realizado por Prigogine es el que aparece de camino al afán por suturar la brecha epistemológica entre las ciencias y la filosofía, aquí adquiere rostro finalmente el llamado hacia una ciencia unificada; es decir, se nos esboza el rostro de una comunidad interdisciplinar compuesta por la interacción de las dos culturas (ciencia y filosofía). En torno a esto, Wallerstein, en un trabajo dedicado a Prigogine afirma:

[Prigogine] reivindicó el llamado a una ciencia unificada, pero no en la línea de los filósofos analíticos, sino en el sentido de que las ciencias naturales formaran parte de una familia científica más grande en la cual el tema común fuesen las premisas socio culturales y las relaciones entre todas las actividades vinculadas con el saber, y en la que se supera la división de las dos culturas<sup>20</sup>.

Ya Prigogine avizora la posibilidad de enmarcar las diferentes disciplinas científicas en el horizonte de una familia más grande en la cual la misma filosofía se encuentra incluida como parte de un gran diálogo. En el pensamiento de Prigogine, las llamadas ciencias duras voltean finalmente su mirada hacia las llamadas ciencias blandas, y las primeras ven en estas últimas un modelo de realización; ya que, como se recordará, en las ciencias blandas se apostaba desde finales del siglo XIX por un cuadro epistemológico menos pretencioso, pues se reconocía que sus conclusiones eran restringidas y provisionales. Todas las ciencias se requieren, pues una sola no puede abarcar los diferentes ámbitos de estudio del ser. Consideramos que este reconocimiento es muy importante, porque a partir de aquí esa vieja disputa entablada entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias blandas, y el contraste con la ciencia primera por adjudicarse la preeminencia del conocimiento, tiende a desmoronarse. Sin embargo, debemos también señalar que, si bien es cierto que en esta gran familia

19 Cfr. I. Prigogine y Stengers, *La nueva alianza, metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1997 pp. 323, 131

20 I. Wallerstein, *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005, p. 51

de disciplinas que dibuja el autor belga tienen cabida tanto las ciencias como la filosofía, lo cierto es que sigue existiendo esta barrera que protege el cinturón de las primeras respecto de la segunda. Prigogine reconoce la sutura de la brecha epistemológica entre estas dos formas de discurso, pero jamás apuesta por agruparlas en un mismo equipo; filosofía y ciencia constituyen dos culturas, cada cual con su lógica y con su peculio epistémico, y hay un diálogo entre éstas, pero nunca la metafísica puede erigirse como una ciencia estricta. Hay que reconocer, sin embargo, que esto es una enorme ganancia, pues la epistemología se ha abierto al reconocimiento de diferentes formas del pensamiento.

La filosofía sigue poseyendo un estatus de metaciencia: en Popper, la metafísica es ciencia de los principios, y en Kuhn, la metafísica es la que vertebrata la idea de las revoluciones. Hay que reconocer que, aquí y allá, esta disciplina se sigue concibiendo allende la ciencia.

Consideramos que, en esto, Eduardo Nicol da un paso hacia adelante, ya que se va atrever a realizar lo que Husserl no pudo, a saber, constituir la filosofía en ciencia estricta. Para nuestro autor mexicano-catalán, conocimiento científico es tanto el estudio de los fenómenos naturales, como el estudio de los fenómenos culturales, formales, y también la investigación filosófica de los principios del conocimiento. Esto quiere decir que, si bien la ciencia discurre por diversos horizontes de búsqueda, no obstante éstos se concibe ya como una disciplina, antes bien es el cuerpo global donde encuentran asidero y reunión todas las ciencias, tanto segundas (especiales) como la metafísica misma. Esta articulación se encuentra amalgamada por la entreveración de dos, por así decirlo, criterios de cientificidad, a saber, el criterio técnico constituido por el rigor, el método y el sistema; y el criterio vocacional del conocimiento científico. En este marco, no es mayor la metafísica que las ciencias del espíritu. Ambas forman parte de un cuerpo todavía más general, el cual trasciende a cada una en particular, y este cuerpo global es la ciencia. Aquí seguimos reteniendo el nombre de ciencias segundas, pero no con un afán peyorativo, sino solo con el propósito de resaltar más la afinidad epistémica entre la metafísica y aquéllas. El todo es mayor que la parte. La ciencia es un cuerpo integrado que engloba a las cuatro grandes ramas enumeradas más arriba.

Consideramos que el debate epistemológico es fructífero cuando nos conduce a nuevas conclusiones, pero cuando se enfrasca en la disputa por la preeminencia de alguna disciplina en particular resulta infructuoso. Y lo infructuoso en ciencia tiene que abandonarse, pero no por falta de ánimo o de interés, como suele ocurrir, sino porque la integración misma del cuerpo de la ciencia inhabilita de suyo cualquier presunción. La ciencia es un cuerpo integrado de suyo; las disciplinas científicas conforman su integración. No obstante, la integración unitaria de la ciencia está confirmada, además, por la secuencia histórica en que se van sucediendo las teorías de acuerdo con un principio interno de mutación<sup>21</sup>. Esta última es otra manera de acceder a la unidad de la ciencia, a saber,

21 Cfr. Rush González, "Estructura, historia y unidad de la ciencia partir de la óptica de Eduardo Nicol" en, *Ciencia ergo sum*, Vol. 14 número dos, *passim*.

mediante el engarce de sus hipótesis en el transcurso del tiempo; esta unidad sería el resultado del acople o sustitución de las teorías en el tiempo. La diversidad daría de sí la unidad. No obstante, debemos mencionar que este horizonte por el momento no nos interesa, puesto que de alguna manera es el tiempo mismo el que se encarga de ir acomodando y dando de sí la consecución de las teorías en la historia de la ciencia. Hay que mencionar también que los subterfugios técnicos tales como el rigor, el método y el sistema, en tanto que elementos comunes, permiten una manera de integrar la ciencia. No obstante, nos interesa más bien mostrar que la unidad de ésta puede lograrse ateniéndose al artífice del mismo conocimiento.

Nicol quiere ir todavía más lejos e insiste que la ciencia es una comunidad fundada en la coincidencia de su principio y su fin. Encuentra que, efectivamente, existe sólo un origen de la ciencia, y asimismo descubre que también existe un fin supremo en el que inciden todos los propósitos de la misma. En ciencia, origen y fin coinciden, esta coincidencia está marcada desde el origen; asimismo, todo esfuerzo científico posee un fin común. Esto quiere decir que la unidad de la ciencia se encuentra fincada desde el origen y es corroborada por su meta. Esta unidad está enmarcada desde su base y su vanguardia. Para clarificar esto traigamos a mención el tópico del quehacer y finalidad de la ciencia.

Comencemos preguntando, ¿en qué consiste el quehacer y cuál la finalidad de la ciencia?, ¿cuál es la función y el camino que recorre ésta en cualquier lugar y tiempo? “El camino de la ciencia —dice el autor mexicano-catalán— es siempre el mismo en todos los tiempos y en todas las ciencias”<sup>22</sup>. Esto nos sugiere la idea de una estructura estable que funciona exactamente en todas las ramas del saber; de hecho, nuestro autor afirma: “[las ciencias] todas funcionan igual”<sup>23</sup>. Los modos de hacer ciencia, así como sus tópicos, cambian con el paso del tiempo, cambian los enfoques y las conclusiones. Pero lo que no cambia es la función y la finalidad de éstas. Nicol busca esta suerte de sustrato permanente; piensa que esta estructura permitirá afianzar la unidad de la ciencia.

En primer lugar, dice el autor, “toda ciencia aspira a la exactitud”<sup>24</sup>, aunque esta última no tiene que entenderse necesariamente como exactitud cuantitativa. La pretensión epistemológica de la verdad es el primer propósito que salta a la vista. Pero hay que enfatizar que, para nuestro autor, la ciencia no es universal por sus respuestas, al contrario, cada respuesta es un eslabón irrepetible. Ésta no sólo es episteme, es, además, el anhelo universal por la verdad. Su universalidad no descansa en una tesis, antes bien en su disposición universal hacia la verdad. Esto es, la ciencia también es *sophía*; de tal suerte que el conocimiento de la verdad no representa la meta final, sólo la más inmediata. Nicol dice: “Esto significa que la ciencia, entendida como sistema de conocimientos de la realidad, no es meta final, sino conducto: medio para que la sabiduría sea universal”<sup>25</sup>. En

<sup>22</sup> Nicol, *Ideas de vario linaje*, p. 429

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 336

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 228

<sup>25</sup> Nicol, *La reforma de la filosofía*, p. 177

este sentido, la universalidad de ésta no obedece a la formalidad sus conclusiones, antes bien al dinamismo de su función.

Explicemos brevemente esto: ¿en qué consiste la función propiamente de la ciencia? Se diría que el hombre, o sea, el artífice del conocimiento, es el mismo cuando hace metafísica que cuando hace ciencia natural: “la forma del ser del hombre es la misma cuando éste hace ciencia natural que cuando éste hace ciencia histórica”<sup>26</sup>. Hay que mencionar que el aparato cognitivo del hombre funciona unitariamente en cada situación. Está íntegramente presente a la hora de hacer investigación, ya sea social o natural. Pero, aún más, la función universal de la ciencia no sólo alude a la integración de las funciones cognitivas en el sujeto, además hace referencia a aquella disposición libre y desinteresada que subyace en el fondo como motor activo hacia el conocimiento de la verdad. “La filiación del saber científico implica un desinterés”<sup>27</sup>. *La ciencia sin sapiencia no existe*. La sapiencia es el amor desinteresado que busca la verdad. Toda tesis es provisional; no obstante, la sapiencia es el sustrato constante que promueve la formulación de toda tesis. Desde el punto de vista de nuestro autor,

El principio vocacional se encuentra, pues, en un nivel más profundo aún del que ocupan los que solemos considerar principios de la ciencia. Éstos son base común de toda ciencia posible, porque se refieren al ser y al conocer. Pero el principio vocacional es base de la ciencia porque se refiere a una decisión libre por la cual se inicia “el camino de la verdad”. La verdad es otra forma de experiencia que se obtiene respecto del mismo ser que es objeto de la actividad práctica<sup>28</sup>.

Es de todos sabido que el camino de la ciencia no es destino, siempre es producto de una decisión, el camino de la verdad se inicia con un llamado libre y desinteresado. Justamente por esto, nuestro autor piensa que una de las causas de la crisis de la ciencia actual se debe al olvido de este principio existencial como motor de todo sistema. Y, en este sentido, el autor considera que hoy no se trata de mediar a la filosofía con el metro de las ciencias duras, sino de que las ciencias en general retengan el insigne título de philo-sophía, es decir, que retengan el amor a la verdad como motor de sus inferencias.

El desarrollo de las ciencias, según nuestro autor, posee “las mismas condiciones existenciales o vocacionales; todas aspiran a realizar lo mismo”<sup>29</sup>, funcionan igual en todas partes. La ciencia en todo tiempo y por doquier sólo da razón de lo que le aparece. Pero este acto de dar razón está promovido, ante todo, por la *philia*, por el amor. “El científico no es un aficionado; es un profesional, en el sentido de quien ha hecho profesión de amor por el saber”<sup>30</sup>. Por esto, nuestro autor insiste en que, si bien es cierto que en la historia de la ciencia las diversas tesis suelen irse alternando, lo que permanece es la función de ésta; es decir, *la*

26 Nicol, *La vocación humana*, México, CONACULTA, 1997 p. 366

27 Nicol, *La reforma de la filosofía*, p. 75

28 Nicol, *La primera teoría de la praxis*, p. 64

29 Nicol, *Los principios de la ciencia*, p. 383

30 Nicol, *La reforma de la filosofía*, p. 179

*manera filial y amorosa de llegar a una verdad.* “La esencia de la ciencia no se manifiesta en sus resultados, sino en sus orígenes vocacionales”<sup>31</sup>. El acto genético de la ciencia consiste en dar razón de una manera desinteresada acerca de las cosas. Y en esto, *grosso modo*, justamente se resume la función universal de la ciencia, a saber, en dar razón de lo dado sin otro propósito de presentar el ser tal cual es o tal como nos aparece. Esta función es permanente en el desarrollo de la ciencia: “la filosofía siempre hace lo mismo”<sup>32</sup>. ¿Y qué es lo que siempre hace?: construir una aproximación metódica y desinteresada hacia la esencia de las cosas. “La vocación [que es amor] de verdad está en la base: es un fundamento anterior a todas las operaciones racionales, a todas las doctrinas filosóficas y a todas las ciencias”<sup>33</sup>. El amor es una constante en la búsqueda de la verdad. De hecho, es lo que define a esta función como científica. Sin sapiencia no hay ciencia, sin amor no hay verdad.

De esta manera quedaría demostrada una vez más la unidad de las ciencias. Este engarce quedaría confirmado a partir de su origen existencial, siendo la vocación el motor común de toda búsqueda metódica del conocimiento. Aunada a esta idea, hay que reconocer que la ciencia no sólo es universal por su función, lo es además por la fijeza de su fin. ¿Cuál es el fin último de una vida buscadora de la verdad? Es cierto que la verdad representa un fin inmediato, pero no representa el objetivo final de ésta. Es evidente que aquí tampoco se busca el ser, en éste ya estamos, desde luego y desde siempre; se busca ampliar los horizontes teóricos del conocimiento y los horizontes existenciales de los hombres: “el hombre de ciencia no busca la verdad por mor del ser, sino por mor de los demás hombres”<sup>34</sup>.

Podría decirse que la ciencia es una estructura que permite diferentes formas del pensamiento y se encuentra abierta hacia el porvenir, a través de la cual el crecimiento del ser del hombre se coloca como fin último. Por la ciencia el hombre se abre un camino para el despliegue de sus posibilidades de ser; en ésta el hombre viene a ser más, pues al recorrer los límites del conocimiento también recorre los límites de su ser. Por la ciencia el hombre amplía sus contornos existenciales. La peculiaridad del despliegue ontológico del hombre por la vía de la ciencia se logra a través de una búsqueda incesante por la verdad, dando razones aproximativas acerca de la esencia de las cosas; “el fin de *todas* las ciencias —dice Nicol— es la suprema perfección del hombre... *El fin de la ciencia la trasciende. Como quiera que ella se conciba, este fin es el hombre*”<sup>35</sup>. El fin supremo de toda exploración epistemológica trasciende a la misma ciencia, sobrepasa el mero radio de acción epistemológico y apunta hacia un estrato ontológico peculiar, a saber, el ser del hombre.

La ciencia, entonces, es universal no por sus tesis, antes bien por su función y por su fin. Las tesis se intercalan, pierden vigor en el transcurso del tiempo; toda

31 Nicol, *Ideas de vario linaje*, p. 113

32 Nicol, *La reforma de la filosofía*, p. 171

33 *Ibidem*, p. 38

34 *Ibid*, p. 235

35 *Ibid*, pp. 80-81, el subrayado es nuestro.

teoría tiene que revisarse recién acaba de ser planteada. Nicol busca el sustrato que permanece inalterado pese a la evanescencia de las teorías en la ciencia. Lo que permanece es la función y el objetivo último de todos los empeños científicos. Vale la pena mencionar que la “función” representa el *modus operandi* de la ciencia, es la praxis de ésta (el anhelo desinteresado por dar cuenta de una manera metódica de lo que aparece). Mientras que el fin último trasciende a la ciencia misma, es fin es el hombre mismo. La función es interna, mientras que el fin, correlato. La función, sin embargo, no está desarticulada del fin; por el contrario, es en este último en donde encuentra justo sentido la función de la ciencia.

Esto nos permite avanzar, dando un paso hacia adelante, en el proyecto de integración de las ciencias. En torno a esto, Nicol dice: “Por razón del fin, que es razón de principio, no hay más que una ciencia”<sup>36</sup>. Si todas las ciencias poseen la misma función, significa que se encuentran asentadas sobre las mismas bases y poseen un mismo fin, entonces esto da ocasión para afirmar que la unidad de la ciencia, en cierta manera, se encuentra propiciada desde su origen.

El hallazgo registrado por nuestro autor resulta sumamente importante, en virtud de que bajo un tratamiento especial éste logra dar cuenta acerca de la integración del corpus de la ciencia. Este aporte puede apreciarse todavía más sobre el trasfondo de la desarticulación contemporánea de ésta en dos grandes grupos, a saber, las duras y las blandas, por un lado, y las humanidades, por otro. Sin embargo, desde la óptica de nuestro autor, tal aporía se desvanece. Acerca de esto, agrega: “es arbitraria la distinción entre [...] la ciencia natural [...] [la ciencia social] y la ciencia primera”<sup>37</sup>. La ciencia es igual en todas partes; científica no sólo es la descripción cuantitativa de la naturaleza o la descripción de los fenómenos sociales, también lo es el ejercicio de la filosofía. Este es otro de los aportes soslayables de nuestro autor, mediante este empeño Nicol marca su rasgo distintivo en el concierto de la epistemología contemporánea. Nuestro autor no distingue la filosofía y la ciencia como dos culturas; tampoco la metafísica es concebida allende la ciencia; la filosofía y las ciencias constituyen piezas hermanas de una comunidad. La metafísica no es una cultura junto a la ciencia, sino ciencia estricta, en cuanto que cumple cabalmente con los *criterios tanto técnicos* (rigor, método, sistema) y *vocacionales* que definen y distinguen a la comunidad de la ciencia. Repetimos: para nuestro autor, la ciencia no es una disciplina, sino una comunidad agrupada mediante estos dos criterios: el técnico y el vocacional. Así, la metafísica, tomada de la mano del principio vocacional y por el camino del método, es erigida como ciencia estricta.

La ciencia es un saber técnico del ser caracterizado por el rigor, el método y el sistema; pero, ante todo, es una vocación humana. Esto quiere decir que ésta precisa del concurso de estas dos instancias, la técnica y la existencial. La acepción o criterio técnico está constituido por el conjunto formado por el rigor, el método y el sistema; a su vez, el criterio existencial está representado por la

<sup>36</sup> *Ibid*, p.75

<sup>37</sup> Nicol, *Ideas de vario linaje*, p. 336

vocación. Justo por esto, nuestro autor enfatiza diciendo que ésta es ante todo una vocación humana. En este sentido, la metafísica, al cumplir cabalmente con estas dos instancias, puede llamarse sin más ciencia estricta. Con esto, Nicol está dando el paso que ni Kant ni Husserl pudieron dar. Nicol encuentra otra metodología para dar este paso decisivo. Cabe mencionar que este paso no precisó la sumisión de la filosofía al metro del conocimiento físico matemático. Se precisó el trastocamiento de la noción general de la ciencia, entendida por la tradición como disciplina, ahora concebida más bien como una comunidad amalgamada tanto en su origen y su fin.

Se diría que ahora un planteamiento científico no está obligado a poseer precisión cuantitativa; esto también lo dijo Popper<sup>38</sup>. Un planteamiento científico no debe tener más precisión que aquella que su mismo objeto impone y exige: la naturaleza del objeto es la pauta para dicha precisión formal. A su vez, dirá Nicol que una ciencia no se calibra por sus resultados, sino por la sapiencia activa en ella. El autor catalán invierte la preeminencia en la estructura de la ciencia. Una ciencia vale más, no por sus respuestas, sino por sus planteamientos y por el despliegue del ser que en cada una de éstas se propicie. La sapiencia buscadora es una constante que determina el semblante del quehacer científico, pues esta es la que nos permite hablar de la unidad de las ciencias, en virtud de que en ella está presente el ser humano, ya como agente activo, ya como fin. Por la ciencia, el ser afiliado a la verdad declara su amor a la humanidad y su sumisión al ser.

El aporte del autor mexicano-catalán en este punto, diríamos, consiste en identificar a la ciencia con una vocación humana. No hay propiamente ciencias duras ni ciencias blandas, *toda ciencia es ante todo humana*. No sólo son históricas las sociales, “también son históricas las ciencias naturales”<sup>39</sup>. También las formales y las que investigan la naturaleza, son ciencias humanas.

Toda ciencia es ante todo humana, pues, como dice el autor, “defino a la ciencia como un conocimiento que posee racionalidad, universalidad, método y sistema. Pero más radicalmente la defino como vocación humana”<sup>40</sup>. Es decir, ésta es histórica y humana porque todas las hipótesis científicas son producciones del espíritu; son creaciones culturales, las cuales convienen a un espacio y un tiempo histórico determinado. “Son ciencias humanas, obviamente, las que se ocupan del hombre. Pero también son humanas las ciencias naturales. No lo son por su objeto, sino por quien las produce [...] De suerte que toda ciencia pertenece a las humanidades”<sup>41</sup>. La ciencia es ante todo humana, justamente porque ha sido facturada por el ser humano, y porque a través de ésta es el ser del hombre quien se autoconstruye.

Concluyendo, podemos ver cómo es que el humanismo de Eduardo Nicol florece a propósito de la tematización de un tópico como la ciencia. Podría decirse que la idea de la ciencia en nuestro autor se erige en un estricto humanismo, no

38 Cfr. Popper, *Realismo y objetivo de la ciencia*, Madrid, Tecnos, 2000 p. 47

39 Nicol, *Ideas de vario linaje*, p. 226

40 *Ibidem*, p. 411

41 *Ibidem*, p. 411

sólo porque el hombre sea el artífice de la ciencia, sino además porque, al imponerse como fin, despliega a través del ejercicio de ésta la potencialidad de su ser. La ciencia permite columbrar una vez más la preeminencia del ser humano. Son los hombres quienes se entienden a propósito de las hipótesis científicas, son los seres humanos los únicos capaces de entablar un diálogo y de existir así en reciprocidad hablando acerca de lo ajeno. Por el conocimiento, el ser accede a un estatus ontológico en el que el ser humano queda plantado en el centro del ser y de frente a sus semejantes. El hombre es el ser que existe hablando a los otros acerca del ser. El hombre es el ser que habla del ser. Es el portavoz del ser. Puede hablar del ser de un modo metódico y también puede hacerlo al margen del método. Esta peculiaridad es la que marca el modo de ser de cada ser humano; la ciencia no es destino, es decir, nadie está obligado a transitar por la vida recorriendo la vereda de la ciencia, en virtud de que ésta siempre es producto de una libre decisión. Sin embargo, el camino de la ciencia permite enaltecer el puesto ontológico del hombre, ya que por vía de la misma cada hombre elige mostrar a los otros el ser tal cual es en sí: digamos que elige habitar en la verdad del ser. En suma, el conjunto de todas las ciencias se resume en una sola: la humana. Así, *“La unidad fundamental del conocimiento deriva de la unidad estructural del ser cognoscente”*<sup>42</sup>. El conocer surge en el ser del hombre mediante su relación con lo otro, y va enderezado siempre hacia el otro. Toda ciencia es humana porque su posibilidad se realiza en el ser del hombre y porque su meta final se resuelve precisamente en el hombre mismo. De esta manera, nuestro autor intenta dar también una primera respuesta al desafío que representa la fragmentación del conocimiento en la epistemología contemporánea sin tener que negar ninguna acepción epistemológica.

42 Nicol, *La vocación humana*, p. 366

### **Bibliografía**

- Allègre Claude, *La derrota de Platón o la ciencia en el siglo XX*, México, FCE, 2003
- Balandier, Georges, *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales – Elogio de la fecundidad del movimiento*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2004.
- Frank, Philipp, *Filosofía de la ciencia*, México, Edit. Herrero Hermanos Sucesores, 1965.
- González, Rush, *Retorno a la metafísica, entorno a los límites del logos ante el ser, Eduardo Nicol*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2002.
- ————“Verdad de hecho y verdad de teoría: acerca de la verdad y los principios de la ciencia en Eduardo Nicol” en, *Ciencia ergo sum*, revista científica multidisciplinaria, Vol. 12 número tres, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2006.
- ————“Estructura, historia y unidad de la ciencia a partir de la óptica de Eduardo Nicol” en, *Ciencia ergo sum*, revista científica multidisciplinaria, Vol. 14 número dos, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 2007.
- Kant, Immanuel, *Prolegómenos a toda metafísica futura que haya de poder presentarse como ciencia*, versión bilingüe, Madrid, Edit., Istmo, 1999.
- ———— *Crítica de la razón pura*, Madrid, Alfaguara, 2004.
- Laplace, *Teoría analítica de las probabilidades*, en Ludovico Geymonat, *Límites actuales de la filosofía de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 2004
- Lévy-Leblond, Jean-Marc, *La piedra de toque, la ciencia a prueba*, México, FCE, 2002
- Nicol, Eduardo, *La vocación humana*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997
- ———— *Los principios de la ciencia*, México, FCE, 2001
- ———— *Metafísica de la expresión*, nueva versión, México, FCE, 1974
- ———— *La primera teoría de la praxis*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 1978
- ———— *La reforma de la filosofía*, México, FCE 1980
- ———— *Crítica de la razón simbólica. La revolución en la filosofía*, México, Fondo de Cultura Económica, primera reimpresión, 2001
- ———— *Ideas de vario linaje*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 1990
- ———— “Diálogo con Xavier Rubert de Ventós”, en *Anthropos*, Extraordinarios 3, Barcelona, 1998
- Popper Karl R. *Sociedad abierta, universo abierto conversación con Franz Kreuzer*, Madrid, Edit. Tecnos, 2000
- ———— *Post Scriptum a la lógica de la investigación científica. Vol. I Realismo y el objetivo de la ciencia*, Madrid, Edit., Tecnos, 1985
- Prigogine I. y Stengers, *La nueva alianza, metamorfosis de la ciencia*, Madrid, Alianza, 1997
- Rodríguez Casas, Gerardo, *Hacia una epistemología integral*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1999
- Sokal Alan, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999
- Wallerstein, I., *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005

Roberto Andrés González.  
rushlogo@yahoo.com.mx